

Capítulo 1

Una buena señal



Me llamo Paloma Dellapenna. Paloma no por la de la paz, ni por la obra de Picasso. Me pusieron Paloma porque tendría que haber sido Pablo, ése fue el nombre que pensaron mis padres al enterarse de mi existencia. Estaban seguros de que sería un varoncito porque ya tenían a la nena... Pero el 20 de mayo del 74 nací yo, sin ninguna protuberancia en la zona genital.

— ¡Es una nena, señora, mire qué hermosa beba! ¿Cómo se va a llamar?

Y la mente de mi madre sólo pensaba Pablo, Pablito, Pablín... se va a llamar Pa... En ese momento un plumífero grisáceo se posó en la ventana de la habitación, Alicia lo vio. Se va a llamar Paloma.

Mi familia es muy chiquita. La encabeza mi mamá, Alicia, de cincuenta y cinco años. Ella es una eximia costurera, que se hace llamar modista y estudia diseño de indumentaria para recuperar el tiempo perdido en criarnos a nosotras. Con mi madre no coincido en casi nada; siempre prefirió a Rocío, mi hermana mayor, por ser la hija ejemplar que cumplió con todos sus mandatos. A mí, en cambio, me recriminó cada una de mis elecciones. Rocío, con quien tampoco me llevo bien, es tres años mayor que yo, terminó el secundario y estudió para maestra jardinera. Luego se casó con Javier, quien le puso un jardín maternal para que ella administrara, y al poco tiempo tuvieron su primera hija, Malva. La nena aprendía sus primeras palabras cuando nació su

hermanita Guadalupe, y prácticamente se educaron juntas. Por último está Valeria, mi hermanita menor, con quien compartí todo, desde mis juguetes hasta mis amigos. Es a quien más amo en el mundo. Vale me salvó del egoísmo de Rocío, de los maltratos de mi madre por mis peleas con ella y me hizo sentir útil en la familia, ya que yo era quien la cuidaba cuando mis padres no estaban. Vale es nómada, con sus veinticuatro años ya conoce medio planeta: estuvo en China, India, Sudáfrica, España, Italia y otros lugares que ya no recuerdo. Ahora está viviendo en Holanda; es una artesana bastante conocida que vende chucherías para seguir viajando.

Mi papá, Roberto, “Tito, el quiosquerito de la escuela”, como le decían los chicos que allí asistían, falleció en 1995 tras la reelección de alguien a quien prefiero no nombrar. Mi viejo era muy gorila, amaba a Alfonsín y lo perjudicó tanto su renuncia como la llegada de la convertibilidad y las importaciones. Cuando supo que vendrían cuatro años más de impunidad, su corazón no resistió, y en plena adolescencia me dejó sola con mi amor de hija frustrado.

En octubre de 2003 tenía veintinueve años, pero nadie me los daba por el look informal que usaba. Trabajaba como acomodadora en Kafka, un teatro-bar de Palermo, más por distracción y por mantenerme en el circuito laboral que por necesidad. Como soy actriz, con título y todo, hacía unos años me había decidido a aceptar este trabajito con la esperanza de entrar como suplente en alguna obra. Era un trabajo tranquilo, más bien aburrido: cortaba los tickets de los espectadores y, si llegaban tarde, les alumbraba el camino a la butaca a cambio de unas monedas. Daba tristeza ver los ensayos y las puestas en escena de actores malísimos que, como tenían contactos en el medio, entraban sin hacer ningún esfuerzo. Jerónimo, el dueño del lugar, me engañaba diciéndome que en la próxima obra “movería” hilos para ayudarme a ingresar a alguna compañía, y yo era tan tonta que le creía y así permanecía en ese puesto de mala muerte.

Hacía tres años que había terminado el conservatorio de teatro en el IUNA, y aunque había intentado armar un proyecto con Luana, Cristian y Juampi, nunca llegamos a conseguir a nadie que nos diera una mano en la parte económica. Habíamos armado una minicompañía de clowns: Cristian el globólogo, Luana la acróbata malabarista, Juampi el mago y yo la presentadora-payasa. Teníamos rutinas preparadas y hasta formato para animar fiestitas de cumpleaños..., pero nada, ninguno tuvo la constancia suficiente. La necesidad económica nos ganó a todos y tuvimos que suspender nuestros sueños para vivir la realidad porteña. Así terminamos agarrando trabajos como el mío, perdiendo en el éter horas de ideas y de ensayo.

Para terminar con las presentaciones, faltaría citar a Sebastián Fridman, mi media naranja. Él es director de cine, pero trabaja en publicidad. En aquel momento hacía sólo unos meses que había armado una productora, llamada Vértigo, con dos socios, Esteban y Damián, y les estaba empezando a ir bien. Pero para conocer mejor a mi media naranja debo remontarme a fines de 2001.

Nos conocimos en un casting. Por entonces él estudiaba en la FUC y estaba haciendo un medimetraje para el cual habían abierto una convocatoria. Esa tarde fui con Luana —que se parece bastante a mí y muchos piensan que es mi hermana— y pegué muy buena onda con Sebastián, que cumplía el rol de asistente de dirección. Como algo de mí lo había cautivado, le insistió al director para que yo hiciera el papel. Pero por culpa de la vestuarista, que alegaba que mi pelo rojo no combinaba con el vestuario, y del director, que decía que era muy alta, no quedé. En mi lugar tomaron a Luana, que había ido para acompañarme, sin otras intenciones. En el momento quise matarla, pero eso sólo me hubiese dejado sin amiga. Era la ley de Murphy, ella no había querido perjudicarme. De todas formas, Sebastián agendó mis datos y al mes me llamó para hacer un protagónico en un corto independiente que estaba realizando.

El papel era sencillo y de pocas líneas. En casi todos los proyectos de directores nuevos, los actores hablamos lo mínimo indispensable. Está claro que no saben dirigirnos, pues para ellos somos una especie de utilería de carne. “¡Movete así, mirá para allá! No, no, la cara más para la derecha”, “correte el pelo que no se te ve bien, cerrá un poco más la boca...”. Y... es así. En casi todas las cosas que hice para estudiantes hay muy poco diálogo y la expresión corporal es casi nula.

Igual la pasé muy bien, porque viajamos a Uruguay, a La Paloma. Allí, los padres de Sebastián tenían un caserón enorme. Fuimos con todo el equipo de filmación: Romina Cione, Fernando Rocca, Damián Casenave —el ahora socio de Sebastián— y Celia, su hermana de diecinueve años que aparentaba treinta, que fue a pedido de su madre a controlar que su hermano no hiciera desastres en la casa. Elías, el coprotagonista amigo de Seba, vendría después; pero cuando ya estaba todo el plan de rodaje armado, llamó diciendo que su madre había sido internada y que no podría llegar... Ya estaba todo alquilado, listo y preparado: las locaciones, las luces, las cámaras. Al enterarse, Sebastián se desesperó y Fernando se propuso para hacer el papel; y aunque Seba nunca había interpretado más que a un granadero en un acto escolar, Sebastián encarnó al Señor Lucas, con tal de que Fernando no me tocara.

El rodaje era muy placentero. Por la mañana filmábamos en la playa, tirando tomas una y otra vez. Sebastián era de madera como actor, le costaba decir con naturalidad tres líneas de morondanga. Y cuando por fin lograba hilarlas, siempre algo pasaba: se cruzaba una gaviota, el viento saturaba el sonido o se volaban los guiones y había que cortar para correr hojas entre las olas y la arena. Nos divertíamos mucho, eran como unas vacaciones, no teníamos límite de tiempo, y a nadie le molestaba quedarse una semana más en la costa.

Por las tardes íbamos al centrito a comprar provisiones. Algunas noches hacíamos unos asados increíbles que terminaban siempre con un fogón en la playa, guitarreada incluida. Yo me hice amiga de Romina, y ambas detestábamos a la insopor-

table Celia, que se la pasaba retándonos por el desorden y amenazando a Sebastián con llamar a su madre. No sabíamos qué magia oculta tenía esa vieja, pero seguramente su carácter no era fácil porque Seba se doblegaba enseguida tras esas amenazas.

En esos días me vi invadida por un *sex appeal* que nunca antes había tenido. Fernando y Sebastián se turnaban para revolotearme en cuanto momento de ocio hubiese, pero a mí me gustaba Seba, aunque fuera más lento que una película francesa. Cada vez que nos íbamos a besar pasaba algo, o un sonido o Romina con un tape terminado, algún problema eléctrico o Fernando con cualquier excusa. Siempre terminábamos riendo y haciendo como que nada había pasado.

Así llegó el día de la escena de sexo. La habíamos dejado para el final con la excusa de lograr una mayor confianza, pero en realidad Seba temía que se pudriera todo si Celia le contaba a su madre que estábamos haciendo una orgía en su casa de veraneo. Entonces, Sebastián le pidió a Romina que se encargara de Celia. Romi la invitó a tomar un helado pero Celita no se lo creyó, aunque la muy zorrita le siguió la corriente. A Sebastián se lo veía muy nervioso. Sus sentimientos para conmigo estaban muy confusos con esta ficción pues, como no era actor, no podía separar las cosas.

Era una toma sencilla: una pareja y un partido de truco que terminaba en revolcón. Por una cuestión de intimidad, Seba ordenó que en esa toma sólo estuviera Damián, ya que debía hacer cámara y era el único indispensable. Fernando, enojado al ser desplazado, insistió para estar presente, alegando que era el director de fotografía. La cuestión es que tuvieron una fuerte discusión, y el tiempo pasaba mientras yo, medio en bolas tapada con una sábana, jugaba al truco con Damián. Por fin, después de media hora Sebastián aceptó que Fernando estuviera presente.

Construir la escena nos costó mucho a ambos. Los nervios producidos por nuestra histeria nos hacían olvidar el texto y tuvimos que repetir varias veces el falso y poco excitante coito. Además, Fernando era un molesto, se metía en el medio con ese

fotómetro y esa placa reflectora para cortarnos el clima. Pero más difícil fue para Seba, que no pudo disimular el entusiasmo y recibió varias cargadas al concluir la toma.

Y mientras yo me ponía el corpiño de espaldas a Seba y él se subía los pantalones, con una vergüenza terrible me preguntó:

— ¿Todo bien?

— Sí, ¿quedó bien la toma?

— Espero que sí. Perdoná la discusión con...

La charla se interrumpió: Celia entró corriendo, escapando de los gritos de Romina, que la llamaba desde el otro cuarto. La chica, al verme, quedó pasmada; sus ojos eran como el dos de oro que había quedado tirado en la cama. Esa misma tarde volvimos a Buenos Aires.

Finalmente el corto quedó muy bien, muy realista. Ante el resto, Sebastián quería hacerse el profesional, y no podía admitir que yo le gustaba, por eso no pasó nada entre nosotros hasta que el corto estuvo editado y terminado. O sea, después de dos meses Sebastián volvió a llamarme y nos encontramos con la excusa de la entrega de mi copia del corto.

Era febrero y las cálidas noches porteñas con olor a asfalto caliente invitaban a beber cerveza en cualquier barcito de Palermo. Esa noche nos encontramos a las once en Mundo Bizarro, un bar cercano a la plaza Serrano. Tuvimos una larga charla donde ambos nos contamos historias de vida y amores pasados y el tiempo voló. Sin que nos diéramos cuenta, el amanecer fue avanzando. El bar debía cerrar y ya estábamos muy embriagados de cerveza y de amor como para terminar sin un beso siquiera.

Aunque no había arreglado previamente con Luana, lo invité a nuestro depto de la calle Malabia. Mientras caminábamos en zigzag tarareando “Libertango”, de Piazzolla. Los trabajadores, que ya salían para sus empleos, nos miraban, pero nada nos importaba. Al llegar a casa le pedí que no hiciéramos mucho ruido, pero al entrar Sebastián pateó una lámpara de pie sin querer, y el estruendo despertó a Luana, que pasó del susto al enojo cuando vio mi estado calamitoso, la hora y la compa-

ña inesperada. Luana me hizo entrar al cuarto y me pidió que nos fuéramos a otro lado. Le rogué que no me hiciera eso, y terminamos arreglando que yo limpiaría la casa toda la semana a cambio de que ella se fuera a desayunar a lo de Juampi en pleno amanecer. Se cambió, y con la marca de la almohada en la cara se fue sin saludar.

Ya en soledad, hablamos bajito un rato más y yo preparé café. Cuando estábamos más recompuestos, Seba tomó mi pecosa cara y me besó. ¡Cómo ansiaba esos besos! En poco tiempo la temperatura comenzó a subir, había fantaseado muchas veces con este momento y empecé a desabrocharle la camisa. Seba se dejó llevar por la pasión, pero sólo por un rato. De repente todo se enfrió, Seba miró el reloj, la luz que entraba a través de la persiana, y comenzó a abrocharse la camisa. Se disculpó alegando que tenía un compromiso al mediodía y me pidió que lo acompañara hasta abajo. Medio descolocada, tomé las llaves y bajamos. En la puerta me despidió con un beso en la mejilla y prometimos hablarnos.

Esa semana me tocó hacer de *muqui* y le conté a Luana una y mil veces los detalles del reencuentro. Luana no entendía por qué no habíamos curtido, y decía que para ella Sebastián era puto. En ese entonces intentábamos armar la compañía con Cristian y Juampi, y en las reuniones que se hacían en casa los guachos aprovechaban para ensuciar todo lo que podían, regocijándose mientras yo limpiaba pensando en Sebastián. Ellos también me gastaban por mi labor de mucama a cambio de un par de besitos. A mí no me importaban sus jodas, pero esa semana Sebastián no me llamó, y eso sí me preocupó.

Luego pasó otra semana en la que tuve que abandonar mi casa varias veces. Luana estaba empezando algo con Juampi y la histeria era más que evidente. Yo me sentía de más, venía a ser como el violinista o algo peor, la chaperona. En esos lapsos me iba con Cristian a algún bar o a la plaza Serrano, donde le quemaba la cabeza repitiéndole toda mi historia con Seba. Él me decía que bajara la ansiedad, que si tenía que ser iba a ser y que si lo quería tanto, lo llamara. Cris tenía razón, y lo llamé.

Al principio se hizo el *casual*, como si yo lo llamara todos los días. Hoy por hoy sé que no esperaba ese llamado y que lo descoliqué. De todos modos, no se animó a decirme por teléfono “algo importante” y esperó a nuestra cita para transmitirme una triste realidad. Ese día esperé tomando un capuchino en Gandhi, el café de la librería con el mismo nombre de la calle Corrientes; me quería hacer la culta y le había dicho que tenía que ver unos libros ahí. Cuando llegó Sebastián, yo estaba fumando un cigarrillo que le pedí a un señor de otra mesa, ya que no fumo salvo en estas situaciones. Mientras pedía un café, cansada de los rodeos, le pregunté: “¿Por qué no me llamaste?”. Grave error, pues un hombre nunca debe saber que estamos desesperadas. Sorprendido por semejante sinceridad, dio algunas vueltas con pretextos de trabajo, reuniones y cosas que no eran verdad, y finalmente me largó la posta:

—Lo que pasa es que en abril me voy a España por un año. Me salió una beca y no me gustaría ilusionarte con algo que no va a poder ser. Vos me gustás mucho, Palo, y sé que si seguimos viéndonos no me voy a poder ir.

Me quedé helada; había elucubrado muchas cosas: que no lo calentaba, que tenía una novia, problemas familiares, psicológicos y hasta que podría ser gay, pero nunca un viaje ahora, justo ahora. Fui fría y pragmática.

—Yo creo que hay que vivir el momento. ¿Por qué desperdiciar este mes y medio que nos queda? Después vos te vas, y cuando vuelvas vemos qué onda... si no da, no da.

En treinta minutos estábamos en el depto de Malabia revolcándonos en mi cama, sudando y destilando amor por todos los poros. Hacía mucho, mucho tiempo que no sentía tanta electricidad. Nuestros cuerpos encajaban perfectamente, él era suave y brusco, tierno y grosero, servicial y dadivoso. Sus besos ardientes marcaron mi cuerpo y lo llenaron de pasión y lujuria. Logró hacer volar a una Paloma que hacía tiempo estaba enjaulada.

Cuando ya habíamos agotado nuestras energías, nos hicimos una reconfortante leche con vainillas. En eso estábamos

cuando cayeron Luana y Juampi. Medio desnuda, corrí al cuarto a vestirme, dejando a Seba que se las arreglara solo. Mientras me vestía pensaba en el mal momento que estaría pasando el pobre pibe, pero cuando volví ya compartía la mesa con los chicos, como si se conociesen de toda la vida. Era una buena señal.



Capítulo 2

Despedida de soltera



Tres años después, y habiendo pasado varias idas y vueltas, que ya retomaré, me encontraba regresando de Kafka a mi nueva casa. Esa noche sería mi despedida de soltera y tenía muchas expectativas. Siempre había querido tener una despedida de soltera como las de las películas. Todo decorado con color, mucho color, forros inflados, juntar a todas mis amigas (aunque no las viera muy seguido), disfrazarnos, tomar unos cuantos tragos, salir por la calle descontroladas, ir a algún cabaret de mujeres tipo Golden y bailar, bailar mucho. Mientras subía en el ascensor pensaba que también sería la despedida de Seba y, por lo que conozco a sus amigos, suponía que no se iban a contentar si no alquilaban una mina. O dos. O tres. Pero era inútil, tenía que confiar en él, y si hacía algo prefería no enterarme. “Ojos que no ven, corazón que no siente”, diría mi madre.

—¡Llegué!

Pero sólo me recibió el gato maullando y enroscándose en mis piernas; aparentemente Seba ya había salido y no le había dejado comida... pobre Astor. Entonces encontré una nota sobre la mesa: “Espero que la pases muy bien en tu despedida de soltera, disfrutá sanamente. Te amo. Seba”.

“Sanamente”... Justo él decía eso con los sátrapas que tenía por amigos. A esa altura seguramente estaría embriagándose, si ya no lo habían travestido y atado al Obelisco para burlarse de él como unos energúmenos. Bueno, basta, basta de pensar en él,

me dije, tenía que pensar en *mí* y sólo en *mí*, era *mi* noche y sería una de las últimas veces que pensara individualmente. En dos semanas ya seríamos “nosotros”.

Era una noche primaveral, aunque para el calendario todavía era invierno; no hacía mucho frío, pero sentía las mejillas frescas. La calle Santa Fe estaba muy iluminada y transitada. Era sábado. Mientras caminaba, pensaba con qué me sorprenderían las chicas. ¿Habrán contratado a un stripper? ¿O a un comediante sexy que cuente chistes eróticos? No, no, mejor que me lleven al Golden, porque si no voy ahora, ¿cuándo voy a ir?

Estaba cerca de la avenida Callao, en la puerta del *penthouse* de Vicky, masticando mis dedos, porque ya no me quedaban uñas, cuando recordé que en dos semanas las tenía que tener intactas y dejé de chuparme los muñones que tenía por dedos.

— ¡Ya bajo! — me dijeron por el portero. Y me quedé pensando: dos semanas, catorce días... Si bien ya habíamos convivido unos meses, casarnos iba a aparejar algo extra. Todos me decían que con la libreta roja todo cambiaba, pero preferí pensar que a mí no me iba a pasar... Yo amaba a Sebastián y nada ni nadie me obligaba a casarme.

En ese momento llegó Vicky, divina, como siempre.

— ¿¿¿!!!Cómo estás, nena!!!??? ¡¡Tanto tiempo!! ¡¡Estás re-flaca!!

¡*Stop!* Vicky es una amiga de la secundaria, ella siempre fue la más linda de todas y la que se quedaba con los pibes más potros. Siempre había tenido un cuerpo y un cutis divino; ella no tenía un solo grano mientras nosotras luchábamos con el Barrocutina y el Angel Face para tapar todas nuestras imperfecciones. Iba al gimnasio todos los días y tenía el mejor culo de la división; de todas formas era buena mina y por eso no llegué a odiarla. Con el tiempo y la gente con la que se rodeó, cambió mucho. Estudió Economía en la UADE, donde se hizo más fría y calculadora, empezó a codearse con gente muy poderosa y a escalar puestos pisando cabezas si era necesario. No tenía pareja, pero siempre

estaba acompañada. Seguía estando preciosa y no le creí nada que me veía reflaca.

—Bien, ¿y vos?

—Todo bien... ¿Y? ¿Estás nerviosa?

Preferí no responderle y sonreí con aire de superada.

Tomamos el ascensor, ella vivía en el último piso de un lujoso *penthouse* que tenía vista a Santa Fe. El ascensor había llamado mi atención, era de esos antiguos de rejas por los que se puede ver todo el trayecto. Siempre me gustaron esos ascensores, el viaje en este cubículo enrejado me hacía sentir en una película de Godard, de largos y lentos paneos. Mientras subíamos, ambas nos miramos de arriba abajo; yo llevaba puesto un vestido azul bastante ordinario al lado del glamoroso *strapless* plateado con botas a tono que llevaba ella.

—Che, me parece que estoy vestida muy sencilla, ¿no?

—No te preocupes, nosotras ya nos encargamos de tu vestuario —dijo sonriendo con malicia.

El ascensor subía y el volumen de la música aumentaba: estaban escuchando Madonna. Me encantó. Llegamos al palier y al abrir la puerta la música me envolvió como los abrazos y empujones de las chicas; no podía ver bien cuántas ni quiénes eran, todas estaban muy excitadas y algo entonadas, gritando como cotorras en celo. Con tantas locas colgadas de mi espalda me sentí un cantante latino, tipo Ricky Martin. Sólo cuando se calmaron un poco, pude empezar a saludarlas; estaban casi todas. Luana registraba todo con una camarita, Anita se había podido desprender de los chicos para venir. Ella era mi mejor amiga y la madre de mi ahijado Nicolás. También estaba Julieta, otra gran amiga, madrina de la otra hija de Anita, que es chef, y que seguramente se habría encargado del catering. También estaba Lorena, que hasta entonces era la única casada del grupo, porque Anita nunca había legalizado la unión con el padre de sus hijos. Se encontraba Sole, mi amigota divina, que es profesora de danzas nativas, la gorda con más ritmo que haya conocido. Es una mina muy alegre con quien en mi adolescencia me había descostillado de la risa. Y también Natalia, a quien hacía muchísimo

que no veía. Nunca pregunté cómo la habían ubicado. Florencia no había llegado aún, pero tampoco me importaba. Siempre tuvo una energía fea, muy oscura, y prefería tenerla lo más lejos posible.

Si bien el *penthouse* no estaba tan decorado para la ocasión como yo esperaba, seguro habría una o varias sorpresas que lo compensarían. Tenía ganas de charlar con todas, pues hacía mucho que no las veía, pero era tal la excitación que nos quedamos sin palabras. Entonces empezamos a comer una picada muy bien presentada que hizo Julieta, cuando de pronto un velo me cubrió los ojos.

—¿Me ves? ¿Cuántos dedos tengo? —dijo Vicky.

—No veo nada, boluda, aflojá que me vas a dejar ciega.

—Ja ja ja, ay ¡qué exagerada!

—Dale Palo, ponele onda porque si no esto es un garrón —agregó Soledad.

—¡Sí! Te quiero ver a vos en mi lugar...

—¡Dale, relajate! Tomá *esto*.

Alguien me agarró la boca y me hizo tragar algo horrendo con alcohol bien berreta.

—¡Fondo blanco, fondo blanco, fondo blanco!

Las chicas gritaban al unísono, haciéndome tragar esa inmundicia de un sorbo y sin respirar. Me sentía patética, pero creo que de esto se tratan las despedidas: de que una sea el centro de humillación gratuita. No terminé este pensamiento cuando me enchufaron otro vaso, ahora con algo más dulce pero asqueroso también.

—¿Qué es esto?

—Vos tomá y callate... ja ja ja.

—Fondo blanco, fondo blanco, fondo blanco.

Glup, tragué sin respirar esa cosa horrorosa, hasta que alguien me paró y comenzaron a hacerme girar.

—Uf, ya me estoy mareando... ¡paren!, ¡paren!, que voy a vomitar y hoy comí churrasco.

No sé por qué, pero todas se reían frenéticamente. Esta situación comenzaba a desesperarme. Con los ojos vendados, empe-

cé a sentirme encerrada. Es que soy un poco claustrofóbica. De repente sentí que me desnudaban, primero los zapatos, después las medias, alguien bajó el cierre de mi vestidito azul y de pronto estaba en ropa interior.

—¡Chicas, hace frío!

—Si tenés frío, tomate esto que se te va a pasar.

Otro trago inmundito. Alguien me puso una pollera corta, muy corta, mientras otra me ponía una especie de top con lentejuelas. A su vez, otra me pintaba la cara y, por los movimientos bruscos con los que lo hacía, podía percibir que quedaría como un mamarracho. Se me ocurrió preguntar si había algún hombre además de nosotras, porque me estaba sintiendo vejada, pero ellas dijeron que no. No les creí, no quería creerles. Después de todo, un hombre volvería esto un poco más excitante y no tan lésbico. Intentaron ponerme unas medias de red, pero los dedos del pie se me enganchaban al subirlas. Y la que lo hacía me tocaba de más y eso me incomodó. Después me pusieron algo debajo de la pollera que más tarde descubrí que era un portaligas, mientras otra bestia me peinaba con un cepillo de cerdas que desarmaba mis bucles convirtiéndome en una loca sacada de una película de Almodóvar. De fondo se escuchaba el sonido de la licuadora, pero prefería no pensar en la mezcla que estarían preparando para hacerme tragar.

—Bueno, listo —decretó Vicky.

Me sacaron el pañuelo que comprimía mis ojos como dos huevos fritos y me pusieron delante de un espejo; aún veía todo nublado. Cuando la imagen se aclaró, pude ver una trola sacada de manual. Yo no hubiese pagado ni veinte pesos por una noche conmigo misma así vestida. No me dieron tiempo de decir palabra alguna y me trajeron otro trago color celeste. Puajj.

—Es un “orgasmo de pitufo”, lo preparé yo —dijo Julieta.

Lo tomé más confiada. Estaba algo fuerte, pero al menos no me dio náuseas como los otros.

Las chicas se reían sin sacar la vista de los dos globos que tenía como tetas producto del *push up* que me habían puesto y del pene que me habían dibujado con delineador negro. Estaba

incómoda y me preguntaba cómo seguiría esto. Ahí llegó Vicky por detrás mío agitando una bolsa con cotillón, me ordenó que mirara hacia adelante y sacó algo con un toque de suspenso.

—Bueno, falta el toque final, a ver...

Me puso una nariz y unas orejitas de chanco y pasó la bolsa para que las demás se solidarizaran conmigo, colocándose narices similares. También había maracas, serpentinas y cornetitas, que pronto comenzaron a sonar aturdiéndome más aún. Ahora sí estábamos todas listas; que entre el stripper, pensé, pero el tiempo pasaba y lo único que hacíamos era seguir embriagándonos. En un momento se me ocurrió preguntar si eso era todo.

—Naaaaaaaaaaaaa —contestaron todas al mismo tiempo.

Sole se paró a cambiar de música y comenzó a sonar Axé Bahía: “El baile de la botella”. Vicky colocó una botella en medio de la ronda que se fue formando y todas batieron palmas como decía la canción. Vicky me obligaba a mover el culo sobre la botella y bueh, no me pude negar, ya estaba entregada. Pensé, medio mareada, que tendría que conseguir esa cinta de video para quemarla porque con ella me podrían extorsionar en caso de pleito.

Terminado el momento de baile grasún, me vendaron los ojos otra vez, por fin llegaría mi sorpresa, ¡por fin un macho! Pero no. De repente sentí un sabor dulzón y la mano de una me forzó para que abriera la boca más grande.

—¿Qué es? —preguntaban.

—¡¡¡Qué asco, es una salchicha con mermelada!!!

—¡Bien! ¿Y esto?

—¡¡¡Puaj, es una salchicha con picante, mucho!!! ¡Basta! ¡¡Es un asco!!

—¡No! ¡Una más, una más!

Cerré la boca con toda mi fuerza aguantando el ardor del picante, pero Vicky se las ingenió para clavarme las uñas y abrirla de nuevo. Me metieron algo que no llegué a reconocer, pero que me dio unas terribles arcadas. Me saqué el pañuelo, desquiciada.

—¿Qué mierda era? ¡Se fueron al carajo!